

A detailed illustration for a Warhammer 40,000 book cover. At the top center, a metallic banner displays 'WARHAMMER' in large, bold, white letters, with '40,000' in smaller white letters below it. The background is a dark, space-themed scene with a large, glowing red skull moon in the upper left and a large, glowing blue skull moon in the lower right. In the center, a large, ornate, golden throne sits on a pedestal. A figure in a golden, heavily detailed suit of armor with a crown and a skull on the chest sits on the throne. To the left of the throne, a figure in a white and red robe with a large red cross on the chest holds a glowing blue sword. To the right of the throne, a figure in a dark, heavily detailed suit of armor with a skull on the chest holds a glowing blue sword. In the foreground, a group of soldiers in dark, heavily detailed armor are shown in various poses, some holding weapons. The overall color palette is dominated by reds, oranges, and blues, creating a dramatic and intense atmosphere.

WARHAMMER
40,000

EL REINO DE HIERRO

AMANECEER DE FUEGO

NICK KYME
minotauro



EL REINO DE HIERRO

AMANECER DE FUEGO

NICK KYME

minotauro

Amanecer de fuego nº 05 El reino de hierro

Published by Black Library, 2023
2025 © Games Workshop Limited.

Dawn of Fire: The Iron Kingdom, Amanecer de fuego nº 05 El reino de hierro,
GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy,
Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas,
y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas,
vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™
y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Originally published as *Dawn of Fire: The Iron Kingdom*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2024

Ilustración de cubierta: Johan Grenier

Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1887-3
Depósito legal: B. 13.920-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

Capítulo uno

LA MADRE DE HIERRO EL PROTECTORADO CARGAS

Orlah echó un vistazo por el ventanal del lunárium hacia un firmamento lleno de estrellas y supo que su hija estaba entre ellas.

Era una noche espléndida. Cellenium arrojaba su brillo de borde afilado hacia la mansión que tenía debajo y la ciudad que había más allá. Hubo un momento, no demasiado distante, en el que Orlah se había colocado en aquel mismo lugar y había presenciado la destrucción. El terror que recorría las calles, feudos enteros que ardían, las columnas de humo tan altas que rozaban las nubes. Habían sido días funestos en los que creían que la era final había llegado, cuando habían perdido el contacto con el Imperio de repente.

Los depredadores habían ido a por ellos, como era su costumbre, atraídos por la sangre en el agua, ebrios por el miedo de sus presas. Solo que aquellos bandidos oportunistas se habían equivocado mucho. Orlah había acudido a los Caballeros de su casa y habían marchado de sus fortalezas de hierro hasta el palacio, a través de las Puertas de Ryn, puertas que su bisabuelo había erigido varias generaciones atrás, para dirigirse a la ciudad. A la batalla. A la purga. A la limpieza. Fue una noche de honor y restauración, la noche en la que Fuerteférreo había declarado la independencia.

Kamidar, principal sede de gobierno y epicentro de la habilidad marcial del sistema, había liderado la carga. Y, desde allí, el espíritu combativo se había propagado.

Había ocurrido lo mismo a lo largo de todo el protectorado. En Galius, donde el firmamento había ardido de color rojo por la luz de

diez mil incendios. Y en Vanir, cuya familia gobernante había perecido y sus ciudadanos habían sido esclavizados. Orlah los había liberado e inspirado. Para que se alzaran en armas, para que lucharan, para que sobrevivieran.

Durante todo el calvario y a través de las muchas noches de terror e incertidumbre que lo habían seguido, cuando no sabían si iban a sobrevivir hasta el siguiente amanecer, los pueblos de Fuerteférreo habían demostrado lo decididos que estaban a sobrevivir. Y eso habían hecho. Durante seis años mientras los infiernos se desataban con rienda suelta, Orlah había apretado su puño de malla en torno a sus fronteras y los había mantenido a salvo.

Hasta que les llegó aquello.

Le habían informado, con la poca fiabilidad típica de los mensajes astropáticos, de planetas que habían desvalijado y abandonado a su suerte, de una máquina de guerra irreflexiva e intransigente con un hambre voraz por expandirse en todo momento. Sabía lo hambrientas que podían llegar a ser las cruzadas, porque había combatido en suficientes de ellas, pero nunca había sido algo como aquello. Los rumores que le llegaban del exterior de sus fronteras la hacían poner los pies sobre la tierra, por decirlo de algún modo.

Ostentaba la estimada posición de reina, y de un mundo de Caballeros, para colmo. Kamidar, nombrado en honor a la casa que la gobernaba, un gobierno que había durado milenios. Aquello les concedía cierta independencia, un espíritu de autosuficiencia y orgullo que había seguido creciendo durante los años de aislamiento. El Imperio siempre se había andado con pies de plomo en sus intentos por cortejar a las casas de Caballeros, pues contaban con un poder marcial que muy pocos planetas eran capaces de igualar y poseían un legado que se remontaba a la Edad Oscura de la Tecnología. Dicha procedencia histórica no se podía descartar así como así y, si bien Orlah y sus compañeros nobles de los muchos mundos de Caballeros de la galaxia formaban parte del Imperio, consideraban que su relación era una alianza, más que la posición de un humilde vasallo.

A lo largo de su vida, tanto en su faceta de guerrera como en la de jefa de Estado, se había acostumbrado a llevar armadura. En aquel momento, sin embargo, se preguntó por primera vez si era lo bastante gruesa como para resistir lo que se cernía sobre ellos.

Había ordenado que los braseros ardieran bajo, pues la penumbra era como un bálsamo para sus pensamientos turbios, y el planeta que se extendía más allá de la ventana parecía brillar más así. La ciudad estaba impresionante, bañada de luz y de gloria. Unas estatuas se alzaban con orgullo por encima de las grandes columnatas y arrojaban unas sombras largas que cubrían la plaza Marcial y la glorieta Victoris. Sus antepasados plasmados en mármol, feroces, benevolentes, con ojos fríos que admiraban el firmamento. Allí era donde su pueblo se encargaba de sus quehaceres, donde los agricultores volvían de los campos y los trabajadores, de los factorums de Harnfor, donde los mercaderes cerraban sus tiendas y los guardias iluminaban la oscuridad nocturna con unos largos postes lumen. Vivían, trabajaban y cumplían las tareas del protectorado. Habían sobrevivido juntos. Habían prosperado. Por contraste, el palacio parecía más silencioso. «Como una tumba», pensó Orlah, sombría.

Una patrulla volvió de cerca del exterior de las murallas de la ciudad y unos centinelas armados con picas los recibieron. Atravesaron el pórtico en dirección a la plaza, donde dejaron sus vehículos al ralentí. Se trataba de un convoy de tres transportes y un grupo de treinta soldados que bajó de cada uno, ataviados en el color verde y dorado de los Soberanos Kamidarianos, mugrientos y cansados tras una larga patrulla en la zona silvestre.

—¿Alguna señal? —le preguntó Orlah a la oscuridad, mientras observaba a los Soberanos retirar cañones pesados y demás armamento antivehículo de sus transportes blindados.

—Alguna... —repuso Ekria, según se acercaba a su reina, aunque siempre se mantenía un paso por detrás, por deferencia—. Siempre me asombra que seas consciente de mi presencia —confesó.

—Tengo orejas de vulpino —repuso Orlah con una sonrisa diminuta que no tardó en desvanecerse—. Dirías que Lareoc no sería tan difícil de encontrar.

—La zona silvestre es muy extensa, su majestad. Hay muchos lugares en los que un hombre con recursos podría esconderse, incluso uno tan poco discreto como el Caballero.

—Recorrí hasta el último centímetro de la zona cuando era pequeña, sé hasta dónde se extiende. Y lo profunda que es. —Hizo una breve pausa—. Y es el ex-Caballero —la corrigió Orlah, aunque ya estaba

perdiendo el interés por el tema mientras volvía la vista al cielo una vez más.

—Ex-Caballero, sí, su majestad. Lo encontrarán pronto.

—¿Cuál crees que es ella? —preguntó la reina, cambiando de tema de sopetón—. Sirius, Yemneth, Elynia... —Se refería a las estrellas que titilaban en el borde del Sistema Kamidar, ya en las últimas.

—No lo sé, mi reina. No estará muy lejos.

Orlah se tensó al oír el nombre y notó un dolor en el pecho. Le recordaba a un cuchillo retorcido que se dejaba clavado en la herida.

—Incluso cuando era pequeña se las sabía todas de memoria. Todas y cada una. Le contaba historias de cómo nacieron las constelaciones, de nuestros mitos ancestrales. De dracones y caballeros, de honor y magia. No supe valorar esa época lo suficiente, antes de la Fisura, antes de que todo esto... —Hizo una pausa, con un silencio tan pesado como una lápida—. Y, en un destello de luz estelar moribunda, desapareció, Ekria. El color plateado contra la noche.

—Le enseñaste, la entrenaste..., no podrías haber hecho nada más para prepararla, mi reina. —Ekria dio un paso adelante para ofrecerle apoyo a través de la proximidad, y Orlah se alegró de su presencia, pero el dolor que sentía era como un lingote de plomo en el estómago.

—¿Eso soy? —preguntó, presa de la desesperación.

—¿Cómo dices, majestad?

—Una reina —se limitó a responder Orlah—. Porque ahora mismo no me siento reina, por mucho que quisiera serlo. Ojalá pudiera ponerme la armadura y hacer que me protegiera del mundo...

Por un momento, vio su reflejo espectral en el cristal. Alta, con una túnica larga blanca y dorada que le colgaba por la silueta. Llevaba una guardia ornamentada en el hombro izquierdo que plasmaba la imagen de un dragón dorado con rubíes en vez de ojos. Tenía un tono un poco más plateado en su cabello oscuro que antaño. Una tez oscura como el ónice pulido. Hermosa a su modo, o eso suponía. Poderosa, orgullosa. Triste.

—Sí que me siento como una madre —dijo—, vulnerable y expuesta, a la espera de un amanecer que me gustaría que no llegara nunca.

—Al menos ya va a volver.

—Sí, y la recibiré como su reina, pero lloraré por ella como su madre. Mi querida Jessivayne.

Se llevó la mano al torques que tenía en el cuello y a su granate negro de bordes afilados. Su madre lo había llevado, al igual que su abuela, y así fue. Tendría que habérselo legado a Jessivayne, pero...

—¿Cuándo llegarán?

—Los astrópatas calculan que llegarán a un ancla alta en nuestra atmósfera en seis días.

—Encárgate de los preparativos necesarios.

—Por supuesto, su majestad.

—Gracias, Ekria.

Alargó una mano para tomar la de su sirvienta, más pálida. Era cálida y blanda. La palafrenera llevaba años sirviendo a la Casa Kamidar y, aun así, había envejecido muy poco. Por su parte, a Orlah le daba la sensación de haber envejecido un siglo en un solo día cuando se enteró de la muerte de Jessivayne.

—Será la última vez —dijo, soltando a Ekria y apretando la mano en un puño.

—¿Cómo dices, mi reina?

—La última vez que muestro mi debilidad —repuso con seriedad, apartando la mirada de los recuerdos para aceptar la oscuridad.

De las muchas embarcaciones que conformaban la Flota Praxis, la que más preocupaba a Ariadne era la *Autoridad Implacable*, su nave insignia y el trono de guerra del almirante Ardemus. Era allí donde, como intendente senioris, estaba apostada. Su jurisdicción, sin embargo, se extendía mucho más allá, al grupo de batalla al completo. Combustible, raciones, munición: todo tenía una cifra incorporada y un coste. El trabajo de Ariadne era sopesar las cifras contra las necesidades de la cruzada. Equilibrar la aritmética mundana de la guerra era una tarea tan crucial como luchar. Y conllevaba ciertas frustraciones.

—¿Me estás diciendo que la nave no está?

El contraestre de la embarcación asintió, jadeando un poco al intentar seguirle el ritmo a la intendente.

—¿Y bien, Mavik? —insistió Ariadne, volviendo su mirada seria hacia el pobre contraestre mientras marchaba por la cubierta, en dirección al puente.

—Quiero decir, señora intendente —jadeó el hombre, sonrojado por el esfuerzo—, que los navegadores no encuentran ningún rastro de

la *Mercurion*. Ni esa nave ni la *Hermes* han salido de la traslación junto con el resto de la armada.

Ariadne soltó una maldición entre dientes.

—Eran buenas naves. Una gran parte de nuestro combustible y raciones estaban a bordo de la *Hermes*.

La *Mercurion* era una nave de guerra, la guardaespaldas de la otra embarcación, a efectos prácticos, aunque parecía que no había servido de mucho. Pulsó una secuencia de iconos en el claveado de su placa de datos, con lo que hizo que una cascada de información apareciera en la pantalla.

—Nos va a perjudicar.

Leyó los informes que le llegaban al elemento augmético ocular y parpadeó para pasar de uno al siguiente en lo que asimilaba y valoraba conjuntos de datos en cuestión de segundos. Se trataba de un aparato biónico feo, un elemento cuadrado y metálico adjunto a su ojo real que no podía quitarse en ningún momento. La vanidad nunca había sido algo importante para Ariadne, aunque todavía era joven y conservaba un cabello negro azabache y unos ojos verde jade. A los hombres les gustaban sus ojos. Por su parte, la atención que recibía le parecía tediosa. Lo que valoraba ella era la eficiencia y la precisión, unos rasgos útiles para la intendente de una cruzada, y nada más.

Trabajaba deprisa mientras una notificación rúnica parpadeaba en la esquina de su visor retinal y le recordaba el llamamiento de Ardemus.

—Ese cabrón impaciente quiere las estrellas antes de que nos haya dado tiempo a verlas siquiera —musitó.

—¿Mi señora?

—Nada, nada —espetó ella—. Ya tenemos demasiada presión encima así. Vamos a tener que introducir más cambios y apretarnos el cinturón otra vez.

Se puso a calcular una vez más, a cambiar recursos de un lugar a otro, teniendo en cuenta la pérdida de combustible y raciones provocada por las embarcaciones desaparecidas. Si bien cabía la posibilidad de que volvieran a sumarse a la armada, la experiencia que había vivido durante la cruzada le indicaba lo contrario. Una vez que se perdía una nave, solía seguir perdida para siempre o acababa reapareciendo en la otra punta del Sanctus, solo que sin su tripulación y desvalijada de proa a popa. Incluso los reclamadores del Mechanicus

dejaban en paz a aquellas embarcaciones, porque había restos que no valía la pena recobrar.

—Si me lo permites, intendente... —empezó a decir el contraamaestre y, una vez más, Ariadne le dedicó su mirada esmeralda más fulminante. ¿No veía que intentaba solucionar una crisis?

—Habla, venga —soltó, en vista de que no continuaba de inmediato.

—¿Qué me dices de Fuerteférreo? Tendrán raciones y combustible, amén de todo tipo de suministros.

La expresión de Ariadne se suavizó en lo que consideraba la lógica del contraamaestre antes de contestar.

—No sabemos con qué podemos contar en lo que respecta al protectorado. Según sé, el almirante quiere convertirlo en una base de avanzadilla, en uno de los bastiones.

—Solo lo pregunto porque he oído que Usullis está preparando a una vanguardia que vaya por delante del grupo de batalla principal, con permiso del Imperio, para aterrizar en el planeta principal y comenzar la apropiación de bienes.

Ariadne se tensó como la cuchilla de una daga en su uniforme gris pizarra y su marcha rauda se ralentizó un instante al oír aquella información nueva. Usullis era su coetáneo, un hombre para nada sutil que había intentado cortejarla en más de una ocasión. Lo veía como un instrumento tan burdo como brutal.

—Cuéntame todo lo que sabes.

—Se espera que aterricen dos días antes que la flota principal, con una flotilla de fragatas de suministros y una pequeña escolta naval. Se dice que contarán con una nave de guerra, el *Ira de Vortun*. Se trata de un transporte del Militarum, mi señora, es...

—Ya sé lo que es —lo cortó ella—. Por el Trono... ¿Le han dado permiso para hacer aterrizar soldados?

—Según tengo entendido, sí, mi señora.

—¿Cuándo?

—De inmediato, en cuanto termine la reunión.

Y no se lo había contado. Y lo que era peor aún: al almirante Ardemus tampoco le había parecido pertinente informarla; aunque, a decir verdad, él tenía otros asuntos en mente que la cantidad de comida que había en las naves silo de la flota. El líder del grupo era un hombre ambicioso; capaz, sí, pero ambicioso. Le iba a escocer aquella tarea,

pues prefería salir al vacío para acabar con herejes o con lo que se dignara a plantarle cara.

Ariadne se consoló pensando en que no podía hacer nada más en aquel momento y, además, la entrada que daba a la sección del puente ya estaba delante de ella, así como la reunión con el propio Ardemus. Aquellas puertas blindadas y pesadas estaban abiertas y formaban un arco angular bordeado por estatuas de mármol que la invitaban a pasar a una penumbra color ocre oscuro. Pasó por delante de un par de guardias por el camino que llevaban uniformes marrones bajo placas pectorales de bronce. Cada uno de ellos empuñaba una carabina automática con decoraciones de plata, colocadas a altura de desfile, con la vista al frente y una mirada fulminante bajo su casco de acero. Unos soldados pulidos en cromo reluciente. Otros oficiales ya se habían reunido en lo que ella ocupaba su puesto en la opulencia de paneles de roble que era el strategium e intercambiaba algún que otro saludo banal con quien se lo ofrecía, un ademán de la cabeza o una mirada al reconocer a los demás, con sus elegantes uniformes navales o del Militarum.

Se trataba de una cámara fastuosa, con iluminación tenue y una mesa hololítica en el centro. No había ningún asiento: Ardemus no pensaba permitir que nadie se acomodara ni se reclinara en su presencia mientras hablaban de materia bélica. Las paredes estaban repletas de mapas antiguos de las estrellas y los mares, protegidos bajo unos campos de estasis que parpadeaban con suavidad. Otros artefactos de navegación ocupaban pedestales o estaban encerrados en expositores de plasticristal: un sextante, un catalejo de latón y una brújula antiquísima. El almirante llevaba años reuniendo aquella colección, una muestra de su vanidad y de sus ansias por conservar las tradiciones. El objeto que más destacaba era un largo arpón cuya punta seguía siendo afilada y que flotaba gracias a unos suspensorios, por encima de las demás antigüedades.

Ariadne prácticamente notaba en el ambiente la admiración y los celos que emanaban de los demás oficiales, al menos de aquellos que estaban presentes en la sala. Una de los allí reunidos, sin embargo, no mostraba ningún interés; Ariadne se arriesgó a mirar de reojo a la Hermana Sagrada en su armadura color rojo sangre. Unos pergaminos de plegarias y cráneos en miniatura colgaban de cadenas votivas y le conferían un aura cargada y casi sobrenatural. Con la armadura que llevaba, les sacaba más de una cabeza a la mayoría de los hombres, algo que hizo

que Ariadne sonriera por mucho que no quisiera, al verlos sacar pecho y enderezar la espalda en un intento por superarla. Ninguno de ellos podía.

Salvo por el guerrero que entró poco después que el almirante.

Aquel le daba escalofríos a Ariadne, porque era un monstruo burdo con un rostro simétrico y liso, con ojos oscuros como el pedernal e igual de afilados. La armadura que vestía, a diferencia de la de la Hermana Sagrada, era brutal y funcional, pintada de color amarillo sucio y negro, con el símbolo de un rayo alado en la enorme hombrera izquierda. Al entrar en el strategium, tuvo que encorvarse para pasar por debajo del arco y ya se había quitado el casco, que llevaba en la curva del brazo izquierdo para dejar libre la derecha por si tenía que desenvainar la espada ancha que tenía colgada en la cintura. La violencia se desprendía de aquel hombre en forma de un vapor casi palpable. Tenía unas cicatrices horribles, con placas de metal atornilladas en ciertos lugares de la mandíbula y el cráneo, el resto de las cirugías provocadas por alguna lesión que sufriera. Era despiadado y el hedor de la muerte lo acompañaba allá donde fuera. Se llamaba Renyard y era un marine capitán, además del perro de guerra del almirante.

Ariadne se apartó unos pasos por instinto al ver que Renyard se les acercaba y lo mismo hicieron muchos de los otros oficiales. Incluso la Hermana Sagrada cambió de postura un poco, como un depredador que reaccionaba ante otro, cauteloso por las intenciones que albergara.

El único que parecía no haberse perturbado por la presencia del guerrero era el almirante.

Ardemus era un hombre corpulento, de hombros anchos incluso cuando no llevaba las hombreras doradas de su uniforme naval azul claro. Tres cadenas doradas le colgaban entre el cuello y el hombro y llevaba una pistola y una espada atadas al cinturón. Era de cabello rubio, con ojos del color de las tormentas, e iba bien arreglado. Resultaba atractivo incluso, de un modo un tanto severo.

—Dentro de cuatro días, las primeras de nuestras naves habrán aterrizado en Kamidar, el planeta principal del Protectorado Fuerteférreo —declaró con orgullo—. Nuestra misión va más allá de efectuar las reparaciones necesarias en nuestras embarcaciones: debemos erigir un bastión en el nombre del Imperio, en aras de la cruzada. Y lo haremos con celeridad y decisión.

Hizo una pausa para observar a los oficiales. Algunos de los dignatarios reunidos parpadearon, pues la distorsión propia de las comunicaciones hacía que sus proyecciones hololíticas se tornaran borrosas durante un segundo o dos antes de volver a alinearse. El Grupo de Batalla Praxis estaba conformado por ciento sesenta y tres embarcaciones, una armada formidable, y la mayoría de ellas iban a anclarse sobre Kamidar mientras las demás se dirigían a los otros dos planetas de Fuerteférreo. Había muchos capitanes y oficiales y a todos se les exigía que asistieran a las reuniones de Ardemus.

—Nuestros anfitriones en el planeta serán los miembros de la casa real kamidariana —continuó—. Son Caballeros de una orden muy estimada, una cultura marcial encabezada por una reina guerrera con un pequeño imperio como súbditos. Creo que la carga que llevamos hasta ella es parte de la razón por la que nos ha permitido aterrizar en busca de suministros antes de cuenta. Los kamidarianos no han visto ni sabido nada del Imperio desde hace muchos años y es posible que sus costumbres y creencias se hayan desviado de las nuestras durante dicho periodo. Incluso en el caso de los más leales, los Caballeros siempre han sido de voluntad férrea, muy orgullosos. Andaos con cuidado, pues —Dicho aquello, miró de reojo al marine colosal, si bien este no reaccionó sino con el acero inflexible de su mirada—, pero también comprended que es terreno soberano de nuestro Dios-Emperador, por lejos que esté del Mundo del Trono o por mucho tiempo que el protectorado haya tenido que resistir la oscuridad a solas. Siguen formando parte del Imperio, sean orgullosos o no. Entre nosotros, hay quienes creen que nos encontraremos con pocas ganas de obedecer por su parte, pero nuestro cometido es justo y nuestra necesidad se extiende más allá de cualquier alianza.

»Quiero que sepáis que... pienso reclamar todos estos planetas y llevarme de ellos lo que necesita la cruzada, lo que necesita la Praxis. Es nada más y nada menos de lo que nos exige el deber. Es nuestro derecho. Empezaremos por Kamidar, porque es la sede del gobierno, y los demás planetas, Galius y Vanir, le seguirán los pasos.

Los demás oficiales asintieron o mostraron su conformidad con un murmullo, como vasallos que acudían a jurar su lealtad al trono de Ardemus.

—¿Esperamos encontrarnos con resistencia? —preguntó el capitán Tournis a bordo de la *Lanza Intrépida*. Su imagen parpadeó y se tornó de un tono azul grisáceo hasta volver a estabilizarse. Era un hombre

apuesto, delgado pero musculoso, con una barba y un cabello bien recortados. Tenía un ojo cubierto por un parche por culpa de una vieja herida, aunque lo llevaba con elegancia. Era un veterano de la cruzada, el capitán de la segunda nave más poderosa de la armada Praxis, y solo respondía ante Ardemus.

—Siempre deberíamos esperar encontrarnos con resistencia, capitán —repuso el almirante con cierto retintín. Su rivalidad con Tournis era un secreto a voces—. Pero los habitantes del protectorado son de los nuestros, al menos en parte. Somos liberadores que llevamos la santidad al Imperio; nuestras flotas antorcha ya han sembrado las semillas y ahora acudimos a recoger la cosecha. Aunque puede que a algunos no les parezca bien, tenemos órdenes que cumplir y necesitamos suministros y material bélico que ellos nos pueden proporcionar.

—¿Por eso vas a mandar al intendente Usullis con una escolta militar a Kamidar como vanguardia, mi señor? —preguntó Ariadne. Lo que estaba pensando se le escapó antes de darse cuenta de que lo estaba pronunciando.

Un temblor de fastidio pasó por el rostro del líder.

—Nos espera una larga tarea por delante y debemos obrar deprisa. Usullis acelerará el proceso, pedirá los materiales y recursos que necesitamos para poder ponernos en marcha sin sufrir retrasos. Por tanto, no tengo ganas de prolongar esta reunión con un debate inconsecuente, intendente Ariadne.

—Por supuesto, mi señor. —Escarmentada, Ariadne quiso desaparecer entre los demás oficiales, aunque Ardemus ya había seguido adelante. Aun así, dudaba de que fuera la última vez que hablaban del tema.

—Todos sabemos lo oscura que fue la caída de Cadia para el Imperio —dijo el almirante, pasando la mirada por la sala, por el rostro pálido, mandíbula tensa y puños apretados de los oficiales. Ningún otro acontecimiento había sido más oscuro. Al fin y al cabo, había sido el heraldo de la Gran Fisura, el hecho que había desencadenado la era aciaga de la que intentaban salir—. Fue un destino que nadie pudo haber predicho, la razón por la que todos estamos aquí. Nuestra misión la encabeza nada más ni nada menos que el mismísimo Regente de Terra.

A juzgar por el fervor repentino que adquirió la voz del almirante, Ariadne supo en qué bando se posicionaba en cuanto a si creía que el primarca resucitado era un dios o no. Sí que creía en él. Sin dudarlo.

Si bien Ariadne no había visto nunca al Hijo Vengador, sí que había oído su voz a través de incontables mensajes dedicados a sus tropas, a sus cruzados. Pensar que había vivido hacía diez mil años y que había regresado a ellos durante el momento más aciago de la humanidad... Daba igual lo que opinara ella, si era un hombre o un dios, porque era lo único que se interponía entre el Imperio y la perdición. Para sus adentros, se preguntó si sería suficiente.

El almirante le hizo un ademán a uno de sus funcionarios, quien discretamente activó la proyección hololítica.

Y, con un parpadeo de luz, el primarca Guilliman apareció.

Una reverencia silenciosa se extendió por la cámara conforme todos los oficiales presentes se arrodillaban. Incluso Renyard parecía haber sufrido una dosis de humildad y le costaba devolverle la mirada al primarca.

—*En estos mismos momentos, la Flota Secundus lucha por defender el norte galáctico y representa la primera línea de defensa contra nuestro enemigo, que entra por la Puerta Cadiana sin cesar*—dijo Guilliman, con un tono, incluso a través de la proyección, tan intenso y profundo que no parecía posible que lo hubiera pronunciado una boca humana. Aunque, bueno, no era humano, no del todo. Era mucho más.

Era colosal e imponente con su armadura ornamentada de bordes dorados, con un laurel a modo de corona en la cabeza y un halo de hierro que parecía un destello de sol dorado que enmarcaba sus rasgos patricios. Unas filigranas y entalladuras adornaban su armadura singular, decorada con un conjunto de sellos de pureza colocados por los eclesiásticos de mayor rango. Guilliman era una criatura extraída de un mito que había regresado para enfrentarse a los Dioses Ruinosos y detener la destrucción inminente de la humanidad.

—*Es una campaña cruenta, con mucho desgaste, pero quiero que sepáis que su éxito continuado significa que Terra estará segura. Para atajar la amenaza de los ataques de este cuadrante tan desafortunado, debemos establecer una robusta cadena de suministros. A través del posicionamiento estratégico de planetas bastión o fuertes, podemos asegurarnos de que el Secundus siga reforzado ante las duras pruebas que lo esperan. Si fracasa, si nuestro enemigo se cuela por sus defensas, los guerreros que hemos apostado más atrás también deben ser fuertes. Es ahí, pues, donde comprobamos la efectividad de una cadena de bastiones fortificados hemisférica, dispuesta de forma estratégica para que, si uno cae, otro ocupe su lugar. Así, todos se*

apoyan entre todos y se forma la defensa mediante la profundidad. Nuestra Línea Anaxiana.

Hizo una pausa para sonreír, con una valoración fría pero fortalecedora de sus tropas, y alzó la barbilla como si quisiera verlos con orgullo. Ariadne notó que se le aceleraba el pulso y se sentía más orgullosa y decidida. Ahí entendió cómo podía ser que una criatura como aquella hubiera podido encabezar un imperio. Algunos decían que todavía lo hacía y que no tenía ninguna intención de cederlo.

—Recae sobre vosotros, valientes hombres y mujeres del Imperio, la tarea de afianzar nuestro eje oriental: Kamidar y el Protectorado Fierreférreo —continuó el primarca—. Hay muy pocas cargas mayores que esta. Si Kamidar resiste, también lo hará la Línea Anaxiana, por lo que podremos obstaculizar al enemigo en el norte galáctico. Estos bastiones son el alma de la cruzada; sin ellos, no tenemos esperanzas de prosperar tan lejos de Terra. Sabed que tendremos que alejarnos más aún del Mundo del Trono antes del fin de la cruzada. Nuestras cadenas de suministros son esenciales, así como la perspicacia de nuestros logísticos y generales adeptos del Munitorum. Para poder atacar con decisión, debemos asegurarnos de que defendemos lo que ya hemos capturado. Este es, pues, el propósito singular de la Línea Anaxiana y su importancia para con la cruzada. Tengo por seguro que todos vosotros emprenderéis esta ardua tarea con valor. Juntos prevaleceremos e iluminaremos un faro en la hora más oscura de la humanidad. Lo he jurado, y así será. Ave Imperator. Coraje y honor para todos.

La grabación llegó a su fin y la imagen parpadeó y se quedó parada hasta que el funcionario volvió a apagar el dispositivo.

Poco a poco, los oficiales se pusieron en pie. La Hermana Sagrada terminó su genuflexión con más elegancia que nadie e hizo el símbolo del águila. Incluso aquel marine brutal gruñó para mostrar su conformidad. Se hizo el silencio, pues la reverencia que despertaba el primarca resucitado tardaba en desvanecerse.

Ardemus fue el primero en romperlo.

—Y así se ha decidido, de boca de nuestro salvador, del mismísimo primarca Guilliman. Espero que os sintáis tan humildes como yo al haber recibido estas órdenes. Tener la oportunidad de vivir en un tiempo tan lleno de peligro y magnificencia...

Pasó la mirada por la sala y la posó en todos los oficiales, estuvieran presentes físicamente o no. En último lugar miró a Ariadne y se quedó un rato más de la cuenta en lo que fue un movimiento muy bien calculado. Le decía que no se había olvidado ni le había perdonado su exabrupto.

—Nuestra tarea es sagrada, concedida por dios —dijo el almirante—. Lo que haremos es nada más y nada menos que la voluntad del Emperador, de modo que debéis emprenderlo sin dudarlo ni un segundo. Nos encontramos en una batalla por la supervivencia de la humanidad y vamos a dar la talla. —Asintió con una convicción feroz en la mirada al apartarla de Ariadne para mirarlos a todos—. Podéis retiraros.

El peso de la incomodidad se le asentó en el estómago mientras volvía a sus aposentos. Se había dejado unas madejas de datos allí y quería ir a por ellas antes de presentarle algún informe al líder. Si bien el almirante estaba tan lleno de entusiasmo que dudaba que le fueran a interesar la falta de raciones o el combustible que se les acababa, tenía un deber que cumplir.

Estaba tan ensimismada en su placa de datos y en sus cálculos que por poco no vio a la guerrera con armadura que iba en dirección contraria, por lo que estuvieron a punto de chocar. Una sensación de intranquilidad horrible, algo que solo notaba a medias pero que la echaba atrás de todos modos, la hizo alzar la mirada. Ariadne se detuvo en seco y la guerrera hizo lo propio mientras la miraba desde arriba, como un adulto haría con un niño travieso. A pesar de sus años de experiencia y de la alta posición que ostentaba en el Departamento Munitorum, Ariadne se estremeció ante la mujer.

Era una diosa lúgubre y plateada de una época olvidada. No era de las Sororitas, como la Hermana del strategium, porque al menos ella irradiaba bondad e incluso compasión tras su apariencia seria. La que tenía delante era una reina guerrera con sombras oscuras alrededor de los ojos y el águila marcada de forma indeleble en la piel. Llevaba una armadura arcaica ligera y casi hecha a medida. Sabía quién era, aunque no se atreviera a pronunciar el nombre o ni siquiera a pensarlo, por si ella se enteraba y no le parecía bien.

—Perdón, mi señora —musitó en su lugar, con la mirada baja, humilde e intranquila.

La guerrera no contestó, sino que solo entornó un poco los ojos y esperó a que Ariadne se apartara del camino antes de seguir adelante a grandes zancadas. La intendente la dejó marchar sin moverse, escuchando el sonido de sus botas, agradecida por oír que se alejaban. La sensación de intranquilidad desapareció junto con los pasos y Ariadne soltó un suspiro de puro alivio.